

Rubén Sánchez Muñoz, *La vivencia religiosa en Edith Stein. A cien años de su conversión y ochenta de su muerte*

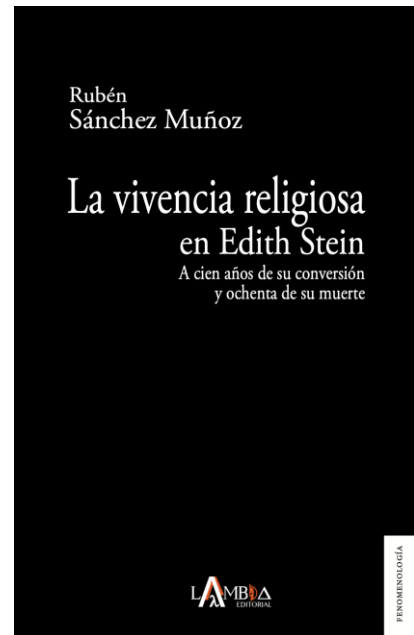
Ciudad de México, Lambda, 2022, 133 pp.

Mario Díaz Domínguez

Difícil y compleja es la tarea de reseñar un libro acerca de Edith Stein, empero más arduo y más complicado es escribirlo. Testimonio de ello es el tenemos el doctor Rubén Sánchez Muñoz, quien investigó y redactó este texto: *La vivencia religiosa en Edith Stein. A cien años de su conversión y ochenta de su muerte*. Sin embargo, ¿acaso no la filosofía exige ese esfuerzo infinito y constante por tratar de dilucidar los grandes temas de Dios, el ser, el ente? Sánchez Muñoz ha asumido ese desafío al presentarnos el pensamiento de Edith Stein desde el ámbito fenomenológico, teológico, místico y religioso.

Desde el prólogo del libro aludido, hecho por el reconocido doctor Mauricio Beuchot, se nos ofrece información de la vida de la filósofa y el asomo temático que contiene el libro. Rescatamos que Edith Stein fue de origen judío, padeció una crisis espiritual y se convirtió al catolicismo ingresando a la orden de las carmelitas descalzas. Stein fue canonizada por el papa Juan Pablo II como santa Teresa Benedicta de la Cruz. Fue la ilustre alumna y asistente del padre de la fenomenología Edmund Husserl. Su tesis doctoral fue acerca de la empatía (*Zum Problem der Einfühlung*), la cual tiene como núcleo la manera en que aprehendemos las vivencias ajenas.

Beuchot menciona las tesis del libro que a su juicio considera relevantes: las diversas vivencias religiosas, la influencia recibida de Stein por san Agustín, Pseudo-Dionisio, Kierkegaard, entre otros; la apertura del afuera y del adentro en la persona; la toma de posición como constitución de la vida religiosa; la fe como lo más fundamental de la religión y el camino hacia la teología mística. Todos estos tópicos también son un



merecidísimo homenaje a Benedicta de la Cruz por los 80 años de su muerte en los campos de concentración de Auschwitz.

En la introducción del libro el doctor Rubén aclara de manera prístina que el acercamiento al fenómeno religioso y la relación del hombre con Dios, no es cosa de gente fanatizada y sumergida en rituales institucionales sin conocer el fundamento de los mismos, pues el tema religioso y el tema de Dios han sido abordados de distintas maneras en la propia filosofía, y en este caso, como tema actual, de la amplitud del campo de la fenomenología; y, sobre todo, porque el fenómeno religioso alcanzó como fuego abrazador a nuestra escritora de *Ser finito y ser eterno*.

Ella revive aquello que Nietzsche ya mencionaba acerca de que del autor debe escribir con su sangre, es decir, la no separación entre vida y obra. Clara muestra de ello es su vivencia religiosa comprometida con sus valores. Sánchez Muñoz nos mostrará esta experiencia desde lo fenomenológico, el carácter antropológico y el ámbito místico. Además, el autor de este libro nos ofrece como fuente la nutrida correspondencia epistolar que tiene Stein con su gran amigo Romand Ingarden, quien es testimonio fiel de las transformaciones de la vida de ella.

Edith Stein sufrió una crisis espiritual en la Pascua de 1906, sufrió un quiebre personal en el ámbito religioso. Nos dice el autor del libro: «Le parecía inadmisibile la existencia de un Dios personal y la religión había perdido su sentido» (Sánchez, 2022, 20). De igual manera, el doctor Rubén deja entrever otra crisis que tuvo ella debido a la decepción de sus estudios en psicología, la cual no distinguía psique y alma. Tema que quedará expuesto de mejor manera cuando la filósofa entra a estudiar a la Universidad de Gotinga en 1913. Allí se abrirá para ella un mundo que no la abandonará jamás: la fenomenología.

En la Universidad de Gotinga, Stein conoce a Husserl, Max Scheler y Adolf Reinach. La influencia que tienen ellos sobre ella será una herencia importante para su pensamiento. Santa Teresa Benedicta de la Cruz hace un análisis de las ideas metafísicas de Dios y alma, pero desde un enfoque fenomenológico que puede atenderse desde la vivencia religiosa de esta. Nos dice Sánchez Muñoz: «El campo de validez de la fe no se puede comprender desde un posicionamiento teórico si falta lo más importante que es la vivencia religiosa, la propia experiencia» (p. 23).

Recordemos que para Husserl, cierto momento de la fenomenología exige un enfoque descriptivo orientado hacia la experiencia (*das Erlebnis*) que guarda sin entredicho nuestro afecto, sensación o sentimiento, y que únicamente se experimenta en la medida que la vivencia es manifiesta para la vida que lo vive. Es la vida concreta del sujeto, la condición de posibilidad para cualquier vivencia, en este caso la religiosa. Es Edith Stein quien vive y padece tal experiencia en orden de vivencia religiosa.

En el apartado de religión y empatía del libro, el autor refiere a uno de los núcleos de la fenomenología cuando cita a Stein en relación a sus compañeros fenomenólogos de Gotinga:

[...] Lo que nos unía era sólo la mirada abierta para la captación espiritual del ser en todas sus formas, sólo posibles en la mente [...] era el *ethos* de la pureza e inocencia de las cosas [...] Esto, naturalmente debía teñir el carácter, los sentimientos y la manera de vivir [Stein, *Escritos autobiográficos*, carta cuatro, 2002, cit. Sánchez, 2002: 26]

Es por ello que el método fenomenológico abrió la vivencia religiosa para ella. Pues Stein confiesa tener antiojeras que no le permitían ver el ámbito religioso: «[...] Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había educado, sin saberlo cayeron, y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí. Personas con las que trataba diariamente, y a las que admiraba, vivían en él» (Stein, 2002: 366).

Cabe aclarar que Sánchez Muñoz destaca constantemente la influencia que tuvo Adolf Reinach sobre Stein en la tematización de la fe, sobre todo en la expresión *estar en la mano de Dios*, que Reinach refería como *das Gefühl des Geborgenseins* (el sentimiento de ser cobijado). Bajo este esquema pude entenderse también la cuestión de *fremde Erlebnisse* (la vivencia forastera o extraña, entendía yo, pero que el autor la presenta mejor como la aprehensión de vivencias ajenas). Esto refiere, claro está, a la empatía. El doctor Rubén postula que es a partir de estas vivencias ajenas, la fuente que le abre, a la filósofa de Breslau, el mundo de los valores religiosos. Por ello hay que apoyarse de testimonios de *homine religiosi*.

En la sección de «La vivencia de Dios» el autor del libro resalta dos aspectos centrales: el estado de reposo en Dios (*Zu stand der Ruhens in Gott*) y el sentimiento de seguridad. Este sentimiento da sentido a la vivencia que tenemos de Dios porque el sujeto se siente acogido y liberado, encontrando nueva vida que le impulsa a una

actitud transformadora de sí y de la relación con la otredad. Al final de este apartado el autor nos ofrece la síntesis del mismo en un excelente recorrido explicativo de lo que implica la vivencia de Dios: a) el estado de reposo implica que en Dios se deposita el futuro y no caemos en preocupaciones ni inquietudes desmedidas pensando que el futuro depende de nosotros; b) la voluntad de la persona que toma posición para unirse a la voluntad de Dios, sabiendo que el mundo no se reduce a mi voluntad. Esto constituye una nueva fuente de vida espiritual para el trabajo diario. Esta nueva fuente no es mía, es ajena, pero actúa en la persona sin poner exigencias. En última instancia se abre un mundo de valores en donde tenemos una capacidad receptiva diferente; c) el estar en las manos de Dios tiene que ver con un sentimiento y no con un acto de la inteligencia. Es una vivencia desde la interioridad que toca el corazón. Es en el corazón, la interioridad, donde el sujeto siente esa confianza y seguridad que le da Dios. Para finalizar este apartado, es altamente relevante lo que el doctor Rubén Sánchez señala de esta vivencia de Dios:

Lo relevante de la vivencia religiosa es que, aún en aquellos casos en los cuales la persona se cierra y no responde a ese llamado, aun así la vivencia religiosa sigue siendo lo que es y lo que es dado y sentido en ella, no desaparece. Así como el sujeto no pone la vivencia a través de un acto de voluntad, sino que se deja interpelar por ella y la padece y es afectado, del mismo modo puede decirse que este sujeto tampoco puede borrar el contenido de la vivencia religiosa. La ausencia de respuesta no cancela la validez de la vivencia religiosa. [Sánchez, 2022: 42]

En el tema del libro «Apertura de la persona», los puntos que se desarrollan son la persona, el alma, el sí mismo, y el yo. Sánchez Muñoz nos explica que la persona tiene una doble apertura, el hacia adentro (conocimiento de sí mismo) y el hacia afuera (salir de sí para dotar de sentido al mundo). La vivencia religiosa está en el hacia adentro. Además, la persona tiene cuerpo material (*Körper*) que es un cuerpo vivo o propio (*Leib*), empero sobre todo tiene espíritu (*Geist*). Este ámbito de la espiritualidad es el despertar y la apertura de la persona:

El yo se forma a sí mismo y deviene persona en la medida en que actualiza o desarrolla sus potencias —el entendimiento, la voluntad, la libertad— y en la medida en que se llega a ser cada vez más dueño de esas potencias y capacidades. [P. 57]

Dado que el alma es el ámbito donde es afectada la persona, Edith Stein nos hablará de las dimensiones del alma: un vivenciar central y otro periférico, un vivenciar profundo y otro superficial. No todas las vivencias tienen la misma significación, hay vivencias más intensas que otras, y la vivencia de Dios nos hace persona:

La persona aparece en una relación afectiva con el mundo, pues da cuenta de sí misma en cómo se siente, cómo está dispuesta emotivamente, revelando los estratos de su personalidad, mostrando así su propio estar en el mundo. [P. 68]

Este tema de la persona lleva al autor a desarrollar el ámbito del tomar postura de la persona ante la vivencia religiosa.

En la «Toma de posición» se implica completamente la participación de la persona. Si bien es cierto ya se mencionó que no es el sujeto el que genera la experiencia religiosa, lo que sí está en la actividad de la persona es la toma de posición ante la vivencia religiosa, es decir, la actitud frente a lo que otorga la experiencia, ya que esta puede ser aceptada o rechazada. Si la persona asume lo dado de la vivencia, sería modificada desde su interioridad. Bien apunta nuestro autor, que la toma de posición se funda en motivaciones, ya que estas son un entramado de sentido.

No podemos dejar de soslayo que negar la vivencia religiosa también está dentro de la toma de postura de la persona. Si declinamos lo dado en la vivencia y decidimos no abrirnos a ella, nos encontramos ante un alejamiento del núcleo de ir haciéndonos persona; sin embargo, esto no elimina lo dado en la vivencia. En este apartado aparece el tema de la libertad y nos dice el Sánchez Muñoz: «Ante la vivencia religiosa se exige que la persona tome una postura, tiene que decidir. Existen varias posibilidades ante ello y la fe es una posibilidad» (p. 85).

Como podemos ver, la fe se convierte en algo esencial que está plenamente vinculada a la vivencia religiosa; por ende, es parte temática del libro. Se nos dice que la fe constituye el acto religioso fundamental, pues de ella es condición de posibilidad de la vivencia religiosa. El objeto de la fe no se ve, empero nos toca, y nos sostiene. Aquí recordamos con fuerza el libro del Nuevo Testamento en Hebreos 11:1: *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium* (Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve). Nos queda claro que el objeto de la fe es Dios.

La fe surge porque en Dios depositamos la confianza de que nos sostiene en cualquier momento, a diferencia del hombre que por ser finito, contingente y temporal deja de ser y nos puede fallar con seguridad. «Para poder confiar de esa manera, se requiere que ese ser no cambie y, por esta razón, el objeto de la fe es inmutable. Ésta nos brinda una certidumbre absoluta, que no puede brindarla otro ser humano» (p. 88).

En este apartado de la fe es menester rescatar lacónicamente la discrepancia de nuestra filósofa Edith Stein contra Martin Heidegger acerca del tema de la nada y la angustia. Mientras el filósofo de la Selva Negra sostiene que el ser hacia la muerte y la angustia son estratos con un carácter ontológico radical; Stein sustenta que el ser finito, en tanto que ser creado, está puesto en la existencia y allí es conservado de un instante al otro, no necesita del sentimiento de muerte ni de la angustia para pensar originariamente. La fenomenóloga de Breslau nos dice:

Mientras la filosofía argumenta e intenta clarificar los conceptos, no logra asir al inasible. Dios está más allá, en la lejanía, y no se deja asir en los conceptos. Por ende, el camino de la fe lleva una ventaja sobre la filosofía. Sin embargo, también es un camino oscuro. [Stein, *Ser finito y ser eterno*, 2007; cit. Sánchez, 2022: 90]

El libro hace un detenimiento importante en el tema *Secretum meum mihi* (mi secreto para mí), que era la respuesta que daba Stein para responder acerca de su conversión al catolicismo. Con ello señalaba que la vivencia religiosa es incomunicable y, dado que Dios da una experiencia reveladora por gracia no debe usarse para engrandecerse ni mucho menos ensoberbecerse. Esto nos hace recordar la experiencia mística del Aquinate acaecida en diciembre de 1273 durante la Santa Misa. Allí santo Tomás de Aquino tuvo un encuentro con Dios, que lo dejó transformado; por este evento el doctor Angélico no siguió escribiendo.

Sobre la conversión de Stein hay varios comentarios. Se ha señalado de manera general que sucedió por la lectura que hizo del *Libro de la vida* de santa Teresa de Jesús, obra que leyó en una sola noche. Dejándonos con las siguientes palabras: *Puso fin a mi larga búsqueda de la fe*. Pongamos atención en el adjetivo *larga*. Puesto que el camino de la fe es una *larga búsqueda* con tropiezos, caídas, gozos, plenitud, etcétera; sin embargo, es un viacrucis bello en recompensa y grande en exigencia espiritual.

En este apartado Sánchez Muñoz nos ofrece también un despliegue sobre la conversión de Stein desde autores como K. Casey, Hampel y Sancho Fermín, con este último Sánchez Muñoz coincide plenamente, pues se demuestra que las vivencias religiosas de Stein, que él interpreta en sentido místico, ella las había experimentado antes de su encuentro con la obra de santa Teresa y, que dicha experiencia no fue la única. No obstante, no todos los eruditos sobre la obra de Stein coinciden con tal postura.

Nos sumergimos ahora en el desglose del tema de la «Mística y teología», tópico bastante complicado por la densidad del mismo. En primer lugar, se nos ofrece un comentario acerca del alma, la cual tienen una interioridad que es el núcleo o centro, tal como se dijo anteriormente, y se le conoce como alma del alma (*Seele der Seele*), es aquí donde está el habitar de Dios, en lo más profundo del hombre. Para Stein, el alma ya trae consigo un *vocare*, que es la necesidad del vínculo con Dios que clama el llamado a la eternidad. Somos más que finitud encarnada.

Pseudo Dionisio Aeropagita es el teólogo que influye fuertemente en la filósofa de Breslau. Él ya menciona que la teología tiene por tarea remitirse a las Sagradas Escrituras, en suma, a la Palabra del Creador. La teología debe atender a las personas que fueron inspiradas por Dios como los profetas o apóstoles; no se trata de realizar una ciencia de Dios. En este punto, Rubén Sánchez nos facilita un asomo a lo que implica y exige las diferentes formas de hacer teología: la teología negativa (lo que no es Dios para llegar a Él), la teología positiva (la relación entre Creador y criatura) y la teología mística como la experiencia de la unión con lo inefable, con el silencio total; aquí estamos ante la ausencia de palabras y razonamientos.

La teología mística es lo contrario a una teología natural que a partir de la razón natural deduce a Dios en un pensar conceptual, reflexivo, metódico y ordenado. No obstante, lo místico apunta a una experiencia sobrenatural por medio de la fe, que es el medio y acceso a las verdades que no alcanza la razón natural.

Llegamos así al último apartado del libro que versa sobre *el ateísmo*. Esta postura se caracteriza por un cerrarse de la persona a la existencia de Dios como algo real. Hay una carencia de fe que imposibilita la vivencia de Dios. Como ejemplos tenemos al mismísimo san Agustín y al perseguidor de cristianos san Pablo, ambos eran férreos ateos de la fe cristiana, empero, sucumbieron ante la presencia del verbo hecho carne.

San Agustín cuenta en sus *Confesiones* en el libro VIII, capítulo XII, que se encontraba sentado en una higuera en un jardín cuando escuchó una voz que le decía, toma y lee (*tolle lege*). El caso de san Pablo narrado en *Hechos* 22, 7: «Y caí al suelo, y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Edith Stein nos dice en *Estrellas amarillas*: «Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había educado, sin saberlo, cayeron. Y el mundo de la fe, apareció súbitamente ante mí» (Stein, 2002, cit. Sánchez, 2022: 112). Rubén Sánchez Muñoz considera que el ateísmo es la enfermedad de nuestra época, porque es un desarraigo interior en aras de la embriaguez de los placeres inmediatos olvidándose de uno mismo. Nos entregamos a la vida inmediata empírica, a los placeres del cuerpo que enlutan el espíritu.

El ateísmo genera un desconocimiento de sí por la preocupación y la urgencia de obtener el deseo inmediato. No obstante, la manera de hacer frente al ateísmo es por medio del llamado de la eternidad, que nos colocaría en lo más granado del alma, dejando fuera opiniones de moda, teorías de moda, vicios de moda. Esto nos impide entrar en contacto con lo más íntimo de nosotros mismo. Nos dice Rubén Sánchez: «Hay muchas cosas que nos mantienen ocupados en el mundo y, de la mano con ello, la persona no se toma el tiempo de estar a solas consigo misma para entrar en su interior» (Sánchez, 2022: 116).

Finalmente, las conclusiones del autor son bastante contundentes al señalar la exigencia de realizar el trabajo y el esfuerzo por investigar la antropología filosófica de Stein, ya que esa postura es la apertura que nos permite dar cuenta de la persona, que tiene un centro interior y que recibe todo lo externo, tomando postura ante lo que le pasa en el mundo. Nos parece bastante relevante resaltar el ámbito místico que desborda al sujeto de cualquier intento de verificabilidad de la vivencia religiosa, la cual se expresa mejor en imágenes y analogías para enunciar, no proposicionalmente, lo experimentado en la vivencia religiosa, encontramos que la vía mística que es al mismo tiempo un señalamiento para destronar el imperio de la subjetividad como dueña la verdad.

A mi juicio, el libro de Sánchez Muñoz, *La vivencia religiosa en Edith Stein. A cien años de su conversión y ochenta de su muerte*, cumple con el carácter más originario de la filosofía, a saber, el asombro; pues después de su lectura surge el ímpetu por acercarse

con premura a la obra de santa Teresa Benedicta de la Cruz. Quizá hoy sea más apremiante que nunca recuperar el asombro por estos temas para el ejercicio filosófico y no dejarlos de soslayo. En algún momento de nuestras vidas experimentaremos algo místico como una sacudida de nuestra existencia, y probablemente, al igual que Stein, nos adjuntemos a ella cuando dice: *Quien busca la verdad busca a Dios, sea de ello consciente o no.*

